

Pero calla. Temblor imperceptible  
Discurre por su carne. Onda del alma  
Llega á su cuerpo enfermo, como mueren  
Las olas en la playa.

Compasivo, sin odio,  
El capitán al indio contemplaba;  
Mas recordando el ruego de su esposa,  
—Pues bien, gritó, con expresión airada,

Ya que el indio charrúa  
Nuestra amistad rechaza,  
Vuelva á sus bosques á enconar sus flechas,  
Vuelva á buscar las fieras sus hermanas.

El español no quiere  
Violar un punto la amistad jurada;  
Pero verá en el indio á su enemigo,  
Al eterno enemigo de su raza.

Vaya libre á su selva,  
Pues no hay amor ni gratitud en su alma;  
Pero jamás donde el cristiano aliente  
Torne á posar la sigilosa planta.....

Don Gonzalo partió. Quiso en el labio  
De Tabaré asomar una palabra;  
Alzó la frente.... ¡y la inclinó de nuevo!  
Mudo y sombrío abandonó la estancia.

## CANTO SEXTO

### I

Tras los bosques de acacias de las islas  
Se esconde el sol; en las más altas ramas  
Deja un toque de luz anaranjado,  
Y polvo de oro en las dormidas aguas.

También en los vapores al perderse  
De los cuerpos las líneas esfumadas;  
Cruzan hacia las islas las bandurrias,  
Los cisnes, y los patos, y las garzas,

Que, ya á lo largo del brufido río,  
Casi rozando el agua se adelantan,  
O forman, en la altura que atraviesan,  
Simétricas y largas caravanas.

El Uruguay se envuelve en su neblina;  
Llega al nido en silencio la calandria;  
Buscando su nocturno alojamiento,  
Aletea la tórtola en las ramas.

Los flexibles y esbeltos sarandíes;  
En su alfombra de juncos y espadañas  
Abrigan al dormido camalote  
Cuyas hojas se extienden sobre el agua.

Los zorzales se esconden; á lo lejos  
Gritando el teru-tero se agazapa;  
Sale á pacer la nutria, y el carpincho  
Deja su cueva al pie de la barranca.

Cual sobre dos abismos reflejados,  
En la orilla los sauces y los talas  
Sobre un cielo proyectan sus cabezas,  
Y en otro cielo sus raíces bañan.

## II

Entretanto, la frente sobre el pecho,  
Y el caos en el alma,

Tabaré cruza el pueblo lentamente;  
Vuelve á su selva, á su salvaje patria.

Va sombrío y huraño y silencioso.

El monje lo acompaña.

¿Por qué esa sombra, cuando va á ser libre,  
Libre como el venado de la pampa?

¿No es Tabaré charrúa?

¿No son la libertad, el cielo, el aura,  
Y la selva nativa, y los combates  
La pasión del charrúa y la esperanza?

¡Ay del indio imposible!

Ya una mujer de la enemiga raza  
Es libertad para él, y cielo y nubes,  
Y hogar nativo, y selvas y batallas!

## III

Cruza entre los corrillos de soldados  
Que hablan tendidos en la yerba, ó cantan  
Al ritmo de los golpes que aderezan  
Sus coseletes y maltrechas armas.

Al ver pasar al indio con el monje,  
Suspenden la labor y se levantan:  
¡El indio loco! dicen por lo bajo:  
¡Ya lo hallaremos! ¡Ese no me engaña!

—¿Qué pensará, decid, de esa trahilla  
Nuestro buen capitán? ¿Acaso aguarda  
A que nos mate aquí como á conejos  
En la noche mejor esa canalla?

¡Darles la libertad! ¡valiente idea!  
¡Cuál si nada costara darles caza!  
¡Hierro y fuego les diera, hierro y fuego!  
—Hierro, bien dicho, exterminar la plaga!

—¿Pues no ha dado en creer el buen hidalgo  
Que el indio de estos bosques tiene una alma  
Como la nuestra, y es vasallo y súbdito  
Del Rey Nuestro Señor?

—¡Oiga!

—¡No es nada!

—Como lo oís. El padre franciscano  
¡Es claro! lo aconseja, lo acompaña,  
Y aquí estamos ¡pardiez! mirando siempre  
Al señor indio como á gente honrada.

—¡Los vasayos del rey!

—¿No es una ofensa  
Que se inhere, decid, al gran monarca?  
Qué dices, tú Rodrigo; tú eres viejo;  
—A ver qué dices tú; deja esa adarga.

—Pues yo... ¿qué he de decir? Veinte años hace  
Que ando en estas diabólicas andanzas;  
Por cierto que era yo de la partida  
Cuando encayó la nave capitana.

Fue allí, sobre esa arena ¡triste noche!  
¿Véis esa loma? ¿Distinguís la playa  
Qué se vé más allá? Tras de aquel árbol,  
¿Lo véis bien? tras de aquél, va la barranca.

Pues bien: allí cayeron los charrúas  
Sobre nosotros, como avispas bravas;  
¡Incendiaron las tiendas, y diezmaron  
Nuestra gente más firme y más bizarra.

Buena la hubimos, por San Jorge, buena!  
¡Por poco allí los indios nos acaban!  
Estábamos sitiados en las naves,  
Oyendo sus aullidos y amenazas;

Mirándolos llegar hasta la orilla  
Con gritos é insolentes musarañas,

Y citar al más bravo de nosotros  
Para retarlo á singular batalla.

Las pieles ó cabellos de los nuestros  
Que en el campo quedaron, enastaban  
En sus picas, aullando los malditos,  
Y dando saltos en siniestra danza.

Así pasamos las eternas horas  
Aguardando la muerte, como ratas,  
Hambrientos y desnudos, dando al río  
Tributos de cadáveres; sin armas,

Pues ni un grano de pólvora teníamos  
Que dar al arcabuz; sin esperanza,  
Pues una tempestad hacía imposible  
De recursos humanos la llegada.

¡Ah, Don Juan de Garay! Sin él, os juro  
Que no llevamos este cuento á España;  
En los barcos hallamos nuestra tumba  
Sin su arribo con tropas bien armadas.

¡Y no era la primera, ¡voto á Sanes!  
Ni la última será! ¡Maldita raza!  
Luchan como demonios, no como hombres.

¿Digo bien?

—¡Bien, muy bien!

—Entonces, ¡nada!

¡Bien los conoces! Mientras quede uno,  
Capaz de alzar la endemoniada lanza,  
No hay que andar con azerúpulos; al indio  
Lanzazo firme; nada de palabras.

—Lo propio digo yo.

—Pues yo otro tanto!

¿Qué hacemos ¡vive Dios en esta plaza,  
Sin un caballo, expuestos noche y día....

—Noche y día, bien dicho; desde el alba.

Y el capitán, en tanto, se entretiene  
En dar la libertad á esa canalla.

¡Buena les diera yo!

—Mirad al indio:

Allá va con el Padre; á ese mañana

Acaudillar acaso lo veremos  
Alguna turba de esos perros.

—¡Cáspita!

¡Qué vengan, voto al diablo!

—¡Qué me place!

¡Tiempo hace ya que no tenemos danza!

—¡Yo os juro que, en las noches, á mi lado,  
Bosteza mi arcabuz de holganza tanta.

—¡Bien dicho, ¡el arcabuz!

—¡Oiga! ¿Qué esperan  
El indio y el anciano? ¿Qué les pasa?

## IV

Tabaré ya se aleja;  
Ya lo despide el monje con palabras  
De consuelo y de amor; indiferente  
Lo escucha el indio que á su lado marcha,

Terrible, duro, con el ceño torvo,  
Fiera cual nunca la actitud y huraña,  
Lleva la noche, la infinita noche,  
Sin un rayo de luz en las entrañas.

De pronto se detiene,  
En un punto clavada la mirada.  
¿Qué lo agita? ¿Qué ve? Temblor de muerte  
Por sus rígidos miembros se derrama.

¿La víbora silbando  
Casi invisible en el chirca se arrastra?  
¿O es el jaguar, despierto en la maleza,  
Que hacia el charrúa silencioso avanza?

No: Tabaré no teme  
A la amarilla fiera que á sus plantas  
Ya muchas veces vio, cuando su flecha  
Hasta morderle el corazón llegaba;

No es fiera lo que ha visto;  
Una mujer lo mira entre las ramas;  
Mirándolo, se acerca al Padre Esteban,  
Y esa mujer que se le acerca es Blanca.

Ya no puede dudarlo:  
No, no es ilusión, no es un fantasma:  
Han crujido á sus pies las hojas secas,  
Ha hecho mover las ramas al tocarlas.

El viento de la tarde  
Viene á agitar con sus movibles alas  
Su cabello en desorden, y en su rostro  
A orear la huella de recientes lágrimas.

Es ella: trae un ramo  
De margaritas en la falda blanca;

Ella, con sus estrellas en los ojos.  
Sus alas invisibles en la espalda.

Viene la dulce niña  
Como un rayo del alba  
Que en la profunda obscuridad penetra  
Y el seno negro de la noche aclara.

La trae el mismo impulso  
Que conduce los besos de las palmas,  
Que despierta sonrisas en los labios  
Y de los ojos lágrimas arranca,

Cuando el alma sonríe  
Y el espíritu llora, sin más causa  
Que esas ansias de llanto ó de ternura  
Que en ciertas horas nuestro sér asaltan.

Besó la mano al Padre,  
Que con muda sorpresa la observaba;  
Alzó tímidamente la cabeza  
Y bañó á Tabaré con la mirada.

Al verlo, sacudido  
Por la lucha que su alma despedaza,  
El ceño torvo, ardiente la pupila,  
Convulso y presa de mortales ansias,

En terror y amargura  
El corazón sintió se le inundaba,  
¡Como si al borde de ignorado abismo  
Después de un corto sueño despertara.

Dió un grito; las azules margaritas  
Rodaron hasta el suelo por su falda;  
Se acogió horrorizada al Padre Esteban,  
Y escondió en su sayal la frente helada.

—¿Entonces es verdad, ¡verdad, Dios santo!  
Que el indio nos odiaba?  
¿Es verdad que en su pecho no hay latidos  
Y que jamás su corazón se ablanda?

Oh, Padre!... ¿Por qué entonces de esos seres  
El amor me enseñábais?  
Padre, no me dejéis, volvamos pronto....  
Mirad: la noche baja.

Huye del indio esclavo, me decían,  
Sólo hay odio en su alma;  
No tuvo hogar, ni madre; de ternura  
Su raza es incapaz: todo lo ultraja.

Yo nunca lo creí; yo ví en sus ojos  
Dolor.... ¡y tuve lástima!

Venía á consolar su desventura,  
Y no más.... ¿hice mal? No lo pensaba.

No quise nada más, nada, os lo juro,  
Vine por consolarla.

Lo sabe Dios muy bien.... pero ¡qué tarde!  
¡Qué tarde es ya! ¡Cómo la niebla se alza!

Y el indio, Padre Esteban, me da miedo.

¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

Vedlo.... Volvamos, por piedad, volvamos.

¿Por qué viene hasta aquí? ¡Quién lo pensara!

Indio.... Adios, Tabaré. Terror y pena

Me inspira tu desgracia.

¡Qué tarde es ya!... ¡La Virgen te proteja!

¡Anda con Dios á tu salvaje patria!

## V

Ya huyendo temblorosa hacia la villa  
Blanca exhaló sus últimas palabras.  
La tarde la arropaba en sus vapores;  
Y ella en su seno al parecer flotaba;

El charrúa la vió ténue, impalpable  
La siguió con estúpida mirada;  
La vió volver de nuevo la cabeza,  
Y ocultarse, por fin, entre los talas

Cuando la vió perderse para siempre,  
Sintió la soledad. Toda su raza  
En él moría, muda sin quejarse,  
Sola en la densa noche de su alma.

En brazos del anciano misionero  
Se arroja el indio cuya tez abrasa.  
Solloza... Sus sollozos, cual rugidos  
De fieras moribundas se dilatan.

Al sentirse en sus párpados el llanto,  
Exhala un grito de dolor ó rabia,  
Un grito que, á lo lejos, al perderse,  
Se transforma en lamento ó en plegaria.

De pronto, con un brusco movimiento,  
Se desprende del monje; la mirada  
Clava en el punto en que la vez postrera  
Sobre el fondo del cielo miró á Blanca,

Y huye como la fiera perseguida  
Y se interna en la selva solitaria...  
Largo tiempo se oyeron sus quejidos  
Como si un tigre herido se alejara.

## VI

Sobre el sayal del monje  
Del charrúa quedó la primer lágrima;  
El supremo dolor entre sus dedos  
Una raza exprimió para arrancarla.

Las horas de la noche  
Ya vestidas de luto se adelantan;  
Y entran al bosque y sus cendales negros  
Van colgando en silencio de las ramas.

Sobre el sayal del monje  
Del charrúa quedó la primer lágrima:  
¡Para llorar la moribunda estirpe  
Una pupila azul necesitaba!

## LIBRO TERCERO.